

DISCURSOS

Discurso leído por su autor con motivo de la celebración del I aniversario de la fundación de la Academia N. de Medicina.

La Academia Nacional de Medicina que ajusta hoy medio siglo de vida, ha querido y con justicia, celebrar con la mayor solemnidad posible sus bodas de oro, y éste es como sabéis, el motivo que aquí nos ha congregado.

A la manera del viajero que tras larga y fatigosa jornada hace un alto en el camino para contemplar lo que lleva andado, traer a su memoria las penas y placeres con que ha tropezado, y formar nuevos programas que le hagan más fácil y menos escabroso el sendero que aún tiene que recorrer para llegar al final de su destino; así la Academia Nacional de Medicina se detiene al terminar su medio siglo de vida, congrega a sus hijos, convoca a sus amigos, pide al Jefe del Estado y al Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes se dignen presidir esta solemne sesión, en la que se propone hacer un balance de sus trabajos y de sus conquistas, congratularse de sus triunfos, lamentarse de sus infortunios y señalar los nuevos derroteros que la experiencia le ha señalado y que tendrá que seguir para hacer más fructuosas sus labores, más gratos sus esfuerzos y más provechosos sus afanes en pro del engrandecimiento y progreso de una ciencia como la que cultiva, tan útil, tan benéfica, tan necesaria, tan indispensable a la sociedad y que exige a sus apóstoles tantas y tan sublimes virtudes, tanta abnegación y desprendimiento, tanta consagración y caridad, como no la exige ninguna de las profesiones liberales que ocupan y aprovechan la actividad de los hombres de la tierra.

Es muy digno de celebrarse que una sociedad científica de esta índole haya podido alcanzar medio siglo de vida en medio de las vicisitudes y tribulaciones que han afligido a nuestra patria adorada; en medio de las convulsiones políticas que han conmovido nuestro suelo y aspirando sin cesar el humo letal de la pólvora quemada en mil combates donde han desaparecido tantos de nuestros hermanos, cegando las fuentes de nuestra prosperidad y desacreditándonos ante el mundo civilizado que absorto contempla nuestras luchas desesperadas y nuestros desatinos que nos han traído a este abismo de iniquidades que nos aleja cada día más y más del puerto de paz y de ventura tan deseado.

La Academia de Medicina ha podido vivir y progresar en el seno de nuestros disturbios porque felizmente ningún gobierno le ha sido hostil, lo cual honra mucho a nuestros hombres públicos, y se ha entregado sin tregua ni descanso al trabajo, gracias sobre todo al patriotismo, al amor a la ciencia, a la abnegación sin límites de sus egregios fundadores, que nos dejaron en su paso fugaz por la vida, una estela luminosa de bondad, de sacrificios, de sabiduría, de honradez y de constancia; que nos ha señalado el camino que debe-

ríamos seguir, legándonos ejemplos nobles que imitar y obligándonos a bendecir diariamente su sagrada memoria.

Tres generaciones de médicos cuenta en su activo la Academia de Medicina: la de los fundadores que ha desaparecido por completo; la segunda que se acerca a pasos agigantados a su ocaso; la tercera que se halla hoy a la mitad del camino y que está en la plenitud de la vida. A ésta toca imprimir un nuevo y victorioso impulso y orientar a tan benemérita sociedad por nuevos caminos en relación con los progresos de la ciencia y mostrarse dignos sucesores de aquellos hombres, de aquellos grandes maestros por cuyo celo y saber mereció nuestra Escuela ocupar el primer lugar entre las similares de la América y ser denominado aquel lapso con el hermoso dictado de edad de oro de la Medicina en México.

Sin duda que la mente principal de los promotores de esta simpática fiesta fué glorificar y ensalzar la memoria de los fundadores de la Academia, ya que tan dignos son de ello desde todos puntos de vista, y la ocasión no puede ser ni más propicia ni más oportuna, porque en breve desaparecerá la generación que recibió sus enseñanzas y que puede atestiguar las virtudes de aquellos doctos varones. Séale permitido referirlas en breves conceptos a uno de los últimos obreros de la Academia, pero uno de los primeros admiradores de lo bueno, de lo grande y de lo noble; y tened seguro que lo hará como corresponde a la edad que ha alcanzado, cuando las cenizas del otoño de la vida han cubierto las pasiones dejando hablar sólo a la razón, sin prejuicios ni exageraciones; como puede hacerlo el que ha ejercido cerca de medio siglo la profesión, que ha visto mucho, que ha leído no menos, que ha observado bastante y que ha estudiado a los hombres y las cosas bajo todas sus faces, en edades y circunstancias diversas, y puede, por lo mismo, ser un fiel relator de la verdad.

A los pósteros quedará reservada la ardua sentencia, como dijo el poeta, y nosotros podemos ya pronunciarla.

Eran pocos, pero de tal calidad que valían por muchos. Fueron los Doctores Ehrmann, Benoit, Bergeyres, Claudel, Coindet, Garrone, Hounaux, Leguistin, Mercher, Montes de Oca Don Victoriano, Pirand, Schultze y Clement, descollando, entre ellos, nuestros maestros Don Miguel Jiménez, Don Rafael Lucio, Don Ignacio Erazo, Don Ignacio Durán, Don Luis Hidalgo Carpio, Don Francisco Ortega, Don José María Vértiz, y Don Agustín Andrade; hombres todos superiores en cuyo noble corazón vivían en amoroso consorcio la virtud y la abnegación, con las aptitudes especiales, la superioridad de inteligencia y la delicadeza de sentimientos, prendas que en el sentido de la moral social, garantizaban ampliamente los más sagrados intereses de la sociedad y de la ciencia.

Eran laboriosos. ¿Quién podría olvidar el celo y la actividad que desplegaron en las especialidades que cultivaron? En el apogeo de la mediana prosperidad que pueden alcanzar generalmente los médicos, llenos de las distinciones y honores que nuestro pobre arte puede pretender, se les veía diariamente entregados a sus labores clínicas, anatómicas, físcas o químicas, ansiosos de resolver los oscuros problemas donde proyecta su misteriosa sombra la naturaleza humana. ¿En qué puro manantial se abrevaba aquel celo que

no llegaron a agotar ni la vulgaridad de los detalles que exigen las investigaciones científicas, ni la monótona uniformidad de los resultados que se obtienen para llegar a alguna concepción nueva; ni aun la esterilidad de los esfuerzos de la vida entera para llegar al descubrimiento de una incógnita?

Eran, sin disputa, almas naturalmente elevadas, en quienes el amor a la ciencia, el amor a la humanidad y el sentimiento del deber se sustituyeron a los impulsos mezquinos de la personalidad casi siempre egoísta; hombres que mientras más sondaron las profundidades de la ciencia, comprendieron mejor la necesidad de hacer de su vida entera una religiosa congregación a los fenómenos de la naturaleza, recordando, como decía el divino anciano de Coss, que el arte es larga, la vida corta, la experiencia engañosa, y que la vida del hombre que se consagra a las aplicaciones de un arte tan difícil como es el alivio de sus semejantes, tiene que ser una escala de todos los días.

Comprendieron bien las dificultades de la ciencia, y conscientes de la gravedad de las responsabilidades morales que asumían para con la sociedad, sabían que si la fortuna alguna vez une sus coronas a las que el talento real merece, para hacerse más dignos del respeto que gozaban, debían esforzarse en merecer la gloria vinculada a su nombre.

No se conformaron con ser sabios, que ya es una gran cosa: comprendieron que al verdadero médico no le basta el estudio teórico de la ciencia como preparación para ejercer el arte más útil a la humanidad: que era preciso aplicar esta ciencia al hombre que sufre, que era preciso ser artistas, ya que por esta cualidad el médico paga su tributo a la sociedad que no ve y juzga sino por las manifestaciones que revelan el arte. Trousseau llegó a decir, lo cual pudo haber sido una verdad en su época, porque esto pasaba hace cincuenta años: que la Medicina más que una ciencia era un arte que dependía exclusivamente de la inspiración individual y cuyo poder sólo podía medirse por la aptitud del hombre que la ejerce.

No resulta verdadera esta sentencia en nuestros días, pues si la Medicina es una ciencia, su aplicación es obra de arte; y puede asegurarse sin temor de errar, que el médico sabio y el cirujano sobre todo, pasarán inadvertidos en el seno de la sociedad, si la naturaleza les ha negado ciertos dotes o no han procurado iniciarse en los divinos misterios de un tan difícil ejercicio.

Eran honrados en la más lata acepción de la palabra, y no habría que esforzarse mucho en demostrarlo, porque está en la conciencia de una generación entera; su bonradez científica fué proverbial, y me bastará recordar algunos rasgos entre tantos que pudimos presenciar. Asistía, nuestro célebre maestro, aquel gran sintetizador de la ciencia que se llamaba Rafael Lucio, a un niño a quien por motivo de una enfermedad intestinal le había prescrito una preparación opiada. El niño voló al cielo, y sorprendido nuestro eximio clínico de aquel resultado funesto, que no esperaba, pidió su receta y tras de breve examen, puso en las manos de sus afligidos padres el certificado de defunción asentando que aquel niño había muerto envenenado por el opio. Pudo muy bien haber confiado su secreto a la tierra, culpar al farmacéutico, que es otro recurso, invocar alguna idiosincrasia, que tanto se presta para encubrir la verdad. Prefirió asumir la responsabilidad y esperar honradamente las consecuencias.

Al llegar una mañana al Hospital de San Andrés, el sabio Profesor de Clínica Don Miguel Jiménez, con aquella gravedad, con aquella circunspección y ese aire tan digno que tanto respeto y veneración infundían, el practicante de guardia le dió cuenta de un enfermo que recibiera en la noche y en quien encontrando los signos probables de una obstrucción intestinal, cuya causa no podía precisar, le administró un purgante oleoso que creyó indicado. El Doctor Jiménez después de haber examinado al enfermo y hacer breve y profunda meditación, llevándose el dedo anular al entrecejo, frunció el ceño y sin decir una palabra más, continuó su visita. El enfermo se hallaba ya en aquellos momentos en período agónico. Murió ese mismo día, y al siguiente, en la plancha reveladora de tantos errores y ratificadora a veces de atrevidos y sagaces diagnósticos, pudo verse que aquel enfermo había muerto de peritonitis ocasionada por una perforación intestinal. Del anfiteatro, sin ser día de lección, se dirigió el maestro a la sala de conferencias, y nunca le oímos lección más elocuente y más hermosa que la de ese día en la que trató de defender, y lo logró, airosamente, a aquel atribulado practicante, demostrando la facilidad de equivocarse un diagnóstico y las dificultades que éste presenta en casos análogos en el que él mismo hubiera podido engañarse.

Pudo haber acusado de torpeza o de ignorancia a ese desventurado estudiante que veía su reputación pendiente en los labios del Profesor. Este que tanto sabía y para quien el cuerpo y el alma humana resultaban a menudo diáfanos, pudo haber hecho alarde de su ciencia con detrimento de aquel obscuro principiante, mas prefirió rendir parias a la justicia y quizá a la benevolencia; no tenía costumbre en su comercio con la ciencia de traicionar los intereses de la verdad; sabía también confesar honradamente sus errores, porque como hombre superior sabía muy bien que estos errores como las injusticias suelen ser el acicate más poderoso que impulsa a los mortales a la conquista progresiva del saber y de la justicia.

Eran humanos y caritativos porque eran buenos, sobre todo porque eran creyentes, eran cristianos. Sin negar que en cualquier confesión religiosa puede muy bien ser el médico humano y cariñoso con los desgraciados enfermos y especialmente con los desheredados de la fortuna, preciso es confesar que en ninguna otra fe religiosa encuentra el hombre y especialmente el médico, más firme apoyo y más alientos que en el Cristianismo, que encierra enseñanzas infalibles para todas las situaciones difíciles de la vida; que resume su doctrina en la sola palabra *caridad*; que se una tan maravillosamente con la ciencia cuyo fin esencial es el alivio de la humanidad doliente. En ninguna otra confesión religiosa que en la cristiana, podrá encontrar el médico las luces y las fuerzas de que ha menester a cada paso para conservarse al nivel de la difícil y gloriosa misión que ha acometido.

Para el médico creyente el sentimiento del deber exaltado hasta la abnegación, es el viático generoso que necesita para recorrer la senda que voluntariamente se ha impuesto y entregarse debidamente a la más noble y difícil de las artes. Nuestros maestros daban generosamente la limosna de su ciencia y de su tiempo a los pobres, porque para ellos el que sufría era hermano por la noble fraternidad del dolor y de la esperanza. Si era un desgraciado, al través de los harapos de la miseria reconocían en él el carácter indeleble

de su origen celeste; siempre buscaban y encontraban en el barro humano el principio inmortal que le anima y transfigura; siempre llevaban en el corazón inflamado por la caridad, un fuego capaz de fundir los ventisqueros de nuestros viejos volcanes. Siempre procuraban darle un amigo al desgraciado, para poderle dar en seguida un médico al paciente, y por doquiera que el arte les llevaba, ejercían un apostolado moral de lenta a veces, pero siempre de segura acción, capaz de producir una influencia poderosa y benéfica en la sociedad.

En el médico creyente el corazón será siempre el resorte de la inteligencia; la piedad y el deber le llevarán más lejos que la vanidad y el orgullo y no trabajará ni *pro fame* ni *pro fama*, porque para él ni el hambre ni la ambición de renombre, serán jamás las musas de la ciencia de los sufrimientos humanos.

El médico bueno y caritativo, como lo eran nuestros maestros, echará siempre mano de la dulzura como del mejor recurso de todos los empleados para combatir los males humanos, poniendo siempre una gota de miel en los bordes de la amarga copa del dolor que debe restituir la salud y prolongar la vida.

Un sabio podrá ser un gran médico de gabinete, pero nunca será un buen médico a la cabecera del paciente, porque la Medicina remonta a Dios por la simpatía que despierta el sufrimiento de nuestros semejantes, y como ciencia de tan alto origen nunca podrá hacer el bien sino a condición de pedir a la caridad su amor y su abnegación. El gran Sydenham llegó a decir, que la Medicina más que una ciencia era una forma, era un medio de la caridad: que la Medicina, que enseña al hombre a restablecer la armonía en los órganos enfermos, que toma al misterio de la vida humana una parte de su solemnidad grandiosa, ejerce a veces una acción divina que parece usurpada a los dioses.

El médico sin caridad, podrá olvidar alguna vez la humanidad por la ciencia, podrá cegarse con la vanidad y el orgullo, que cual aura funesta suelen partir de un mal corazón obscureciendo la inteligencia y eclipsando la verdad en una especie de vértigo.

La Medicina más que ninguna otra de las ciencias, enseña al hombre a amar lo que nunca muere ni puede morir, lo bello, lo augusto, lo imperecedero, lo bueno; y el médico humano y caritativo podrá siempre decir como la heroína del eximio novelista y comediógrafo Pérez Galdós en su *Celia* en los *Infiernos*: gracias a Dios que me ha concedido la felicidad de hacer dichosos a los demás; o como la Olenina en los *Cosacos* de Tolstoy: la felicidad consiste en el olvido de sí mismo, en vivir para los demás. *Allis vivere*, como reza el conceptuoso lema de la Medicina.

El gran novelista de los episodios nacionales españoles, pone sin embargo en boca de uno de los principales personajes de su *Celia* una hermosa imprecación a la justicia como la única redentora de la humanidad. Tal vez tenga razón, pero no debe olvidar el insigne escritor que si bien es verdad que la justicia es una gran cosa, muy bella, muy noble, es a la vez muy sutil, intangible, teórica y abstracta, mientras que la caridad es tan concreta, tan tangible, tan hermosa, tan humana, tan íntima y tan dulce, que bien pudo haber inspirado a Sócrates cuando dijo: «En la vida ulterior seguiremos discutiendo»

do filosóficamente sobre el concepto de la justicia, mientras que se nos tomarán mucho en cuenta los más leves pecados contra la caridad.»

Eran, en fin, nuestros maestros, aquellos príncipes de la ciencia que merecieron entrar por la puerta de marfil al templo de Esculapio, como hombres de gran ciencia y cultura, modestos, sencillos y tan profundamente desinteresados, que bien pudieron haber esculpido en la puerta de sus consultorios el *lucri neg-lecté lucrum*, que ostentaba Fabricio de Acuapendente en la puerta de su casa, «la ganancia despreciando la ganancia;» el convencimiento de que hay algo más noble que el dinero; buscar ante todo la gran satisfacción que produce el bien hecho durante el paso fugaz por la tierra.

Bien dijo quien asentó que el imperio del mundo pertenece a la inteligencia asociada con la caridad y la abnegación.

El amor a la ciencia del que dieron tan sensibles muestras nuestros predecesores, les valió la justa estimación de los hombres de bien, que es la mayor recompensa para las almas grandes y generosas. Fueron los portatandartes de la dignidad de la profesión médica entre nosotros, y la ciencia como la sociedad, les son deudores de los grandes progresos que hizo en su época la Medicina en México.

Fundaron esta Academia cuyos frutos estamos recogiendo, porque sabían que la asociación es la vida de las colectividades y que las ciencias médicas, más que ninguna otra, necesitan del mayor número de inteligencias que fuertes con el apoyo que recíprocamente se prestan, dilatan incesantemente el campo de nuestras investigaciones y llegan aunque lenta pero progresivamente, a la conquista de la verdad. Entre nuestros compatriotas, los fundadores de esta Academia, hubo varios extranjeros entre los cuales descolló la figura culminante del que fué nada menos que su primer Presidente, el Sr. Carlos Ehrmann, Jefe del Cuerpo Médico del ejército expedicionario que plugo a Napoleón III enviarnos con fines aviesos, hace más de medio siglo. Algo bueno tenía que venir de entre las huestes de aquel podrido imperio, que padeció la patria de Víctor Hugo. Los invasores que nos provocaron a esta guerra tan injusta, eran inconscientes instrumentos de aquel hombre sin prestigio, de aquel tristemente célebre héroe del 2 de diciembre que deseaba conjurar con el fantasma de la gloria y el ruido de las armas, la tempestad que se cernía sobre su cabeza y que arrasó poco tiempo después su oprobioso reinado en Sedán. Ehrmann era el genuino representante de la Francia generosa, de la Francia culta y progresista que tantos hombres ilustres ha dado al mundo en todos los ramos del saber y de la actividad humana, que nos dió a Lavoisier y Laplace, a Thiers y Taine, a Lamartine y a Víctor Hugo, a Balzac y a Fernando de Lesseps, a Nélaton, a Velpeau, a Claudio Bernard, a Charcot, y sobre todo al gran Pasteur a quien cupo la gloria, para honra de su patria, de ser considerado como ciudadano del mundo.

La Academia hace bien en honrar la memoria del Dr. Ehrmann, y hará mejor grabando con letras de oro su nombre, al lado de nuestros maestros, en su sala de sesiones.

Todos los hombres que han contribuido por modo alguno a ensanchar los dominios de la ciencia, en cualesquiera de sus diversos ramos, merecen bien de la sociedad en que viven; pero los que laboran en el campo ingrato de la

más vasta y compleja de las ciencias, como es la Medicina, los que contribuyen a descorrer el denso velo que nos oculta tantos misterios de la vida, esos merecen bien de la humanidad entera, porque la Medicina, ciencia a la vez de la vida normal y patológica, puede por la doble enseñanza que de ella emana, dilatar los horizontes de la vida individual e influir por modo directo en los destinos humanos.

La Medicina, que es la base de todas las ciencias y de toda buena filosofía, es tan necesaria a los pueblos como el sol que les calienta, como el aire que respiran; es tan necesaria, que desde lo que podríamos llamar la noche de la historia porque apenas alcanzan las más antiguas remembranzas a describir parte de los hechos entonces acaecidos, la Medicina estaba ya constituida y los médicos eran agasajados cuarenta años antes de la era cristiana por los reyes del Egipto. A Esculapio, casi trescientos años antes de Jesucristo, le levantaba un templo el reconocimiento de los hombres, en la Isla del Tíber en Roma. Homero inmortalizó en sus divinas poesías, al lado de sus héroes, a dos grandes médicos, Machaon y Podaliro. Young y Champolion, expertos en la lengua copta hallaron en los jeroglíficos egipcios constancias completas de la organización de la Medicina en aquellas remotísimas edades. Al lado de las ciencias astronómicas en las que eran tan competentes, al lado de los proverbios de *Phthahalep* encontraron papiros médicos que demuestran notables adelantos en el arte de curar.

Es utilísima e indispensable esta ciencia a los pueblos, porque a ella está confiada la noble misión de conservar y perfeccionar la vida humana; en ella encuentran los hombres los medios de obtener su felicidad y de restablecer su salud quebrantada. En el orden social, la salud pública y el bienestar físico y moral de los pueblos, son obra de la higiene; la vida, la honra y la libertad de los hombres, están en manos de la Medicina Legal.

La Higiene, sobre todo en los últimos tiempos ha venido proporcionando a los hombres bienes incalculables; ya no es como la conocimos poco ha, la ciencia encargada de conservar la salud; hoy tiene un campo sin límites donde ejercer su benéfica influencia. No se limita a su antiguo papel de defensa, no: todo lo que se refiere al acrecentamiento del bienestar físico y moral del hombre, así como a su actividad somática intelectual, es del resorte directo y legítimo de la Higiene.

Ha llegado hasta a traspasar los límites de la Medicina propiamente dicha, porque la Biología, la Antropología, la Legislación, la historia entera de la humanidad, constituyen el fondo, el dominio propio de esta rama tan importante de la ciencia. Antes la observación exclusiva de los hechos era la única base de estudio de la Higiene; hoy con las ciencias físicas que tanto han progresado y sobre todo con las doctrinas de Pasteur, ha entrado de lleno en la vía fecunda de las investigaciones experimentales y va sin cesar a la conquista de verdades que le son propias, asimilándose los descubrimientos de otras ciencias que hace sus tributarias.

Gracias a la Higiene, el promedio de la vida humana ha subido en el último medio siglo de treinta a cuarenta y cinco años. Ella sola ha vencido la fiebre amarilla, que asolaba las más hermosas comarcas de la tierra; está a punto de vencer el paludismo, que es otra de las plagas de las tierras férti-

les; restringe cada día más los estragos de la tuberculosis, y qué más, libra a los pueblos de aquellas asoladoras pandemias como el cólera morbus y la peste bubónica que sembraban la desolación y el espanto en el mundo.

El arte de curar ha venido prestando incontables servicios al hombre, desde los tiempos más remotos. No hay más que recordar los estragos del paludismo antes del descubrimiento de la quina y de sus alcaloides, que constituyen un remedio verdaderamente heroico; la sífilis epidémica de los tiempos de Francisco I, pertenece ya a la historia, gracias al mercurio y a las preparaciones yoduradas, asociadas a la Higiene.

El invento maravilloso de Jenner debía haber hecho desaparecer la viruela en la faz de la tierra. Si Jenner se levantara de su tumba y se dirigiera a una de tantas ciudades que hay todavía en el mundo apestadas por la viruela, donde encuentran sus moradores la muerte, o lo que es peor, la noche eterna, la ceguera, o las deformidades más repugnantes, y le preguntaran los médicos a semejanza del Apóstol a Cristo: *¿Quo Vadis Magister?* tendría que contestarles con las palabras que puso Sienkiewicz en los labios del Redentor del Mundo, «Voy a sacrificarme de nuevo, voy a seguir trabajando para salvar a los hombres que tan mal han aprovechado mi descubrimiento.»

Los trabajos asombrosos de Pasteur han hecho decaer de noventa a treinta y cinco por ciento la mortalidad de la difteria, cuyas víctimas principales eran, como sabemos, los niños, el encanto de los hogares, que no solamente son la delicia y el orgullo a veces de sus padres, sino que encerrar pueden en las circunvoluciones de su cerebro, el germen de alguna idea nueva, de algún descubrimiento capaz de conmover al mundo, que pudieran muy bien ser un nuevo Colón, un nuevo Newton o un Edison, porque esos pequeños seres contienen el porvenir y la humanidad de mañana.

La vacuna de la rabia y el descubrimiento reciente de su microbio por el japonés Noguchi que va a simplificar los procedimientos de la técnica, es uno de los grandes triunfos de la medicina contemporánea a los que había que agregar tantos otros como el suero antitífico, el antipestoso de Yersin, el antipenzoso de Calmette, el antitetánico, y tantos otros que por ese camino vendrán mañana a la ciencia.

Millares de niños se salvan actualmente gracias a la sola alimentación que salvaguarda su vida, la leche materna.

La Cirugía hace sencillamente milagros a diario, acomete las más difíciles operaciones e invade regiones antes intangibles, gracias al cloroformo primero, gracias a la antisepsia y a la asepsia que inspiraron a Lister los descubrimientos de Pasteur. Repara los más grandes traumatismos sin que detengan su mano los peligros terribles de las infecciones que antes las subseguían, y que han desaparecido desde el año de mil ochocientos setenta y dos del siglo pasado.

¿No es verdad que todo esto habla muy alto de la obra social y altamente civilizadora de la Medicina?

Sería interminable y me saldría de los límites que este trabajo me impone, fatigando la atención de las personas que me escuchan, si me propusiera enumerar tan sólo todos los misterios, todas las verdades arrancadas al cuerpo humano y los esfuerzos titánicos hechos por los hombres para convertir

en provecho propio todo lo que les rodea, así como para conservar y restablecer la salud; pero váis a permitirme que os señale algunos de los más trascendentales, de más vital importancia por lo menos, algunos de los que a mí más me han sorprendido.

Sabemos muy bien que no es la muerte el tormento mayor para el hombre, sino el dolor; la muerte es solemne, es decir, no acaece más de una sola vez en la vida, mientras que el dolor nos persigue desde la cuna hasta la tumba y aunque la Fisiología lo defina, el medio de información y de defensa que más nos indica lo que debemos temer y nos enseña lo que debemos evitar, la principal preocupación del hombre, no es tanto huirle, como suprimirlo, y lo más pronto posible, cuando se presenta.

Nunca, como en los momentos del dolor, aparece el hombre con todo el lujo de miserias de su desgraciada condición. Tropieza en verdad a veces el médico con seres de alma bien templada, que en medio de los más desgarradores tormentos del dolor, dan muestras de gran estoicismo y de virtud a prueba de vanos desfallecimientos; pero son la excepción: el dolor enerva, el dolor se sobrepone a las fuerzas humanas, la sensibilidad se halla en razón directa de la civilización, y el que sufre necesita un lenitivo mientras más pronto y eficaz, mejor.

La curación del dolor ha tenido razón de preocupar a la Terapéutica desde la raíz de la ciencia; el empirismo, la experimentación, la observación, la analogía, la inducción, todos los métodos de la lógica natural han sido empleados; los tres reinos de la naturaleza han venido dando su contingente a los incansables obreros de la ciencia y vienen logrando su objeto en gran parte. El opio desde tiempo inmemorial y los alcaloides de reciente invención, después, son la maravilla del arte de curar, y si pudo con razón haber dicho el gran médico Graves, que sin el opio dejaría de ser médico, Hipócrates tuvo razón al decir que la sedación del dolor es obra de los dioses. Esta constituye una de las mayores satisfacciones tanto para el médico como para los pacientes. ¡Qué de bendiciones no ha arrancado la jeringa de Pravaz! ¡qué delicia la de ahogar el sufrimiento con unas cuantas gotas de cloroformo inhalado!

La anestesia local por medio de la cocaína, las inyecciones epidurales de esta substancia, así como de la estovaina y la novococaína, solas o asociadas con adrenalina, han venido a simplificar la pequeña y a veces hasta la alta cirugía, alejando los peligros aunque remotos y por lo menos las molestias de la anestesia general.

Pero no se detiene aquí la ciencia, no se conforma con lo mucho que ha logrado, trabaja aún sin tregua y adelanta sin cesar. Cada día se conoce mejor el mecanismo fisiológico del dolor, gracias al perfeccionamiento de la técnica histoquímica experimental; cada día se descubren nuevas propiedades farmacodinámicas especiales a ciertos agrupamientos moleculares que ahora pide el hombre, a su antojo, agregar a ciertos cuerpos químicamente bien definidos. La química sintética está en vísperas de realizar el gran problema de la terapéutica del dolor y persigue un ideal que está ya muy cerca de alcanzarse: hallar un analgésico irresistible e inocente que sea a la vez no sólo un sedante, sino un medio curativo de la causa morbígena que engendra el do-

lor. Estos son los trabajos de la verdadera iatroquímica tan nueva por sus resultados, tan vieja por su nombre. El dolor se sabe que es efecto de las modificaciones destructivas de la terminación periférica de los nervios sensitivos, que se trasmite a los centros corticales y que aparece en la conciencia en forma de sensaciones dolorosas; con analgésicos locales se puede muy bien interrumpir el paso del influjo en los centros corticales del polígono de Grasset; cesa el dolor, no existe la sensación correspondiente, pero las modificaciones destructivas persisten, se extienden y la causa queda en pie. Hay que combatir las influencias tóxicas, que originan estas modificaciones, aumentar los cambios intraorgánicos y por tanto la intensidad de las oxidaciones, e impedir la formación de residuos tóxicos que al acumularse crean las modificaciones dolorosas y distintivas. Lo primero se ha logrado con el piramidón, precioso analgésico que aumenta los cambios intraorgánicos y por consiguiente la intensidad de las oxidaciones; lo segundo por medio del ácido quínico, que solubiliza los uratos, contribuye a eliminar la potencia diurética del ácido salicílico y destruye los cuerpos púricos, gracias a su derivado benzoico que los transforma en ácido hipúrico, soluble y fácil de eliminar.

Partiendo de este principio, tan perfectamente científico, los incansables fabricantes de productos químicos, inundan la terapéutica de productos variados con nombres más o menos pomposos y sugestivos, cuya utilidad se encargará de aquilatar la ciencia; pero el paso está dado, y pronto tendremos no sólo el analgésico pasajero, tan benéfico, tan útil y tan inmediato; pronto poseeremos los verdaderos medios de suprimir la causa misma del dolor que tanto arredra y que tanto espanta a la especie humana.

* * *

La Cirugía dió un gran paso a mediados del siglo pasado y lo debió a la invención del maravilloso cloroformo. Los hombres preferían morirse embriagados y envenenados con el opio, antes de sufrir las torturas de la Cirugía. Los médicos modernos tropiezan con muy pocos casos en que la anestesia general está contraindicada, y cuentan en todo caso con el recurso precioso de la anestesia local. Antes de esta última invención no eran raras las intervenciones quirúrgicas sin ningún atenuante positivo del dolor, y antes del cloroformo horroriza la lectura de los tormentos inauditos que precedían y acompañaban a la Cirugía en sus precisas y limitadas intervenciones. La lectura de una operación de talla hecha por Fray Cosme, es capaz de crispar los nervios del hombre mejor equilibrado, y seguro estoy que harían vacilar más de una vocación al arte desagradable y torturador de la pobre humanidad. El cuchillo dislacerando los sensibles tejidos del organismo, las sierras crujiendo al seccionar los huesos, el hierro candente abrasando las carnes para cohibir las hemorragias, el espectáculo de la sangre que se escapaba a torrentes de los vasos llevándose a veces la vida misma y dándole un rojo tinte a cuanto la vista alcanzaba. ¿Cabe imaginar tormentos mayores y mayores angustias, que tanto en lo físico como en lo moral tenía que causar la mano del hombre, para salvar la vida de sus semejantes o mejorar su precaria existencia?

Y no habían faltado tentativas para salvar ese gran escollo. El cloroformo fué precedido por el ensayo de otra clase de anestésicos: un año antes, por ejemplo, por el éter; siglos atrás Discorides empleaba la mandrágora para atenuar el dolor causado por las operaciones; los chinos administraban el mohato, los egipcios y los helenos pretendían anestesiar con el mármol y el vinagre; todo inútil hasta el año cuarenta y siete del siglo pasado, año que por este solo descubrimiento debía estar escrito con letras de oro en los anales del mundo.

Flourens en Francia, Simpson en Inglaterra, emplearon por primera vez el cloroformo como anestésico y con ello se ganaron sin duda las bendiciones del mundo. Tiene de más sorprendente este descubrimiento, que el cloroformo es un tóxico poderoso que mata con suma facilidad y por esto causa más admiración la inteligencia del hombre que ha podido detener, hasta donde ha sido necesario, los efectos de este veneno, marcándole un límite que rara vez puede franquear. La ciencia ha graduado con precisión matemática las dosis, lo administra hasta apagar la inteligencia, los movimientos, la sensibilidad, la conciencia del hombre, pero respetando su vida nutritiva, sin lesionar el cerebro, sin agotar el efecto maravilloso de los grandes centros nerviosos que presiden la vida. Tan mortal es la intoxicación del cloroformo, que basta ver lo que pasa cuando experimentalmente se aplica o cuando desgraciadamente sorprende las previsiones de la ciencia. A las primeras inhalaciones de este líquido incoloro, cuyo dulce sabor recuerda el de la manzana, los enfermos si no están intimidados o acobardados, ríen, hablan con locuacidad, evocando gratos recuerdos de su vida; si están poseídos del miedo, repelen la mascarilla que dicen les sofoca y que les roba poco a poco los sentidos y la imaginación. Pasa el período de excitación que es en lo general efímero y hasta agradable, las fuerzas languidecen, los párpados se entornan, se contraen las pupilas, el pensamiento se vuelve borroso, se confunden las ideas, las sílabas se involucran, y la palabra se hace difícil; comienza la tolerancia que abre camino a la anestesia, los miembros caen inertes al levantarlos, el reflejo conjuntival se pierde, no se mueve un solo músculo, los tejidos pueden cortarse con el bisturí y aun morder los nervios con las pinzas y seccionar los huesos con las sierras sin la menor manifestación de dolor; tal parece que se opera sobre un cadáver; pero las arterias laten y sangran al herirlas; el aire entra y sale acompasada y rítmicamente en los pulmones para oxigenar la sangre y expeler sus impurezas, y el corazón, esa admirable bomba aspirante e impelente, sigue palpitando en su obscura prisión y marcando los minutos de la vida.

Pero la desgracia suele entrar como factor desconocido aquí como en todas partes, desconcertando los mejores preceptos de la ciencia. Un cloroformo impuro, el más leve descuido del perito encargado de vigilar el manómetro que acusa las fuerzas de la máquina: el pulso y las pupilas; la idiosincrasia especial del enfermo, la anafilaxia, como hoy llama la ciencia y que escapa a toda previsión humana. ¿Quién no ha vivido en su práctica algunos de estos minutos de indecible angustia que acibaran a veces para siempre la existencia del médico. Cesa el pulso de latir bajo los dedos; la piel se cubre de sudor viscoso y frío, los párpados se entreabren; se dilatan las pupilas; lentas

y desiguales, pero profundas aspiraciones que parecen más bien suspiros, delatan los últimos esfuerzos del pulmón para defender la vida; el carmín de los labios desaparece al sentir el hálito de la muerte; suelen rodar algunas lágrimas por las mejillas, y la vida se va; pero de un modo tan tranquilo, sin lamentos, sin lucha, en el sueño, en un sueño sin despertar aquí en la vida; y todo ha sido obra de un minuto que resulta una eternidad para el médico que inútilmente agotó todos los recursos de la ciencia, porque nada puede el hombre contra los arcanos del humano destino.

A pesar de los inminentes y fáciles peligros que delatan la gran toxicidad del cloroformo, son tan remotas sus consecuencias funestas, que no pasan de una en diez mil, en quince mil y hasta en veinte mil casos, según rezan las estadísticas; cifra insignificante, hasta despreciable, al lado de sus grandes beneficios; lo cual permite proclamar este gran descubrimiento como uno de los más asombrosos y que más han beneficiado a la humanidad.

Parecería natural que Flourens y Simpson tuvieran erigido un monumento en cada pueblo civilizado, para perpetuar su memoria; yo no he visto más que uno, en uno de tantos hermosos jardines que hay en la ciudad de Boston, y desde entonces no encuentro exagerado el calificativo de Atenas de América que alguien quiso adjudicar a la capital del Estado de Massachussets, de la República vecina. Los hombres fácilmente olvidan a sus grandes genios que han sido a veces también sus grandes benefactores; otorgan recompensas a todos los valores, menos al valor tranquilo, sin brillo ni ostentaciones. En los pueblos aun de cierta cultura, habrá pocos que sepan quiénes fueron Newton y Sheakespeare, qué hizo Augusto y qué le dió a la civilización Pericles; pero sobrarán quienes relaten con detalles nimios las hazañas de Alejandro, de Julio César, de Annibal y de Napoleón. Llama también la atención que los hombres que se han arrogado el derecho de suprimir a los grandes criminales en nombre de la vindicta pública, no hayan echado mano de este recurso tan científico, tan rápido y tan humano, prefiriendo la decapitación entre olas de sangre por el perfeccionado sistema de Guillotin, que no suprime instantáneamente la conciencia, como está científicamente demostrado, o la facies amoratada e inolvidable del ahorcado, o la mueca de contracción espasmódica que produce con el rayo de la electrocución el flúido misterioso de Volta, o la descarga fatídica que hecha a veces a volar por el aire la masa encefálica, la materia pensante y sensible del hombre. Si esto ha sido una prueba de respeto y de consideración al cloroformo, hay que aplaudirla, porque esta panacea del dolor convertida en manos de los hombres en arma homicida, inspiraría repulsión y horror. No sería tal vez el ideal anestésico que aspiran hoy con inefable delicia las valientes y sufridas mujeres para atenuar los lacerantes dolores del alumbramiento.

Entre los innumerables beneficios que han venido derramando por el mundo las doctrinas de Pasteur, hay una que por su trascendencia y por la calidad de los seres a quienes alcanza, merece un recuerdo especial entre todos los prodigios de la ciencia. Los médicos modernos no se explicarían cómo podían morir en nuestros hospitales los simples lesionados de la piel de la cabeza o los heridos en los campos de batalla, con leves lesiones que rara vez escapaban a la gangrena, a la erisipela o a la infección purulenta, cau-

sando la desesperación de los cirujanos. Tampoco admitirán que una mujer llena de vida, en la plenitud de la edad y rodeada del bienestar y de las comodidades que da la fortuna, pudiera ser víctima de aquellas terribles fiebres puerperales, de aquellas proteicas formas de la septicemia, que obligaron más de una vez a las autoridades a cerrar las casas de maternidad. Felizmente todo esto ha pasado a la historia; las fiebres puerperales dejaron de ser ya la pesadilla de los hogares, ya no herirán más a la bella compañera del hombre en medio de las dulces voluptuosidades de la maternidad. Ya no privará a los hijos del corazón delicado, del único corazón en que pueden reposar su cabecita en los primeros años de la segunda faz de su vida; ya no cortará en agraz tantos idilios envidiables; ya no privará a las tiernas madres de la dulce compensación que Dios les ha otorgado como premio a sus dolores, del beso efusivo con que corresponden trémulas de amor a los primeros vagidos del fruto de sus entrañas. ¡Bendita ciencia que tantas lágrimas sabe enjugar y que tantos sufrimientos mitiga! Benditos mil veces los hombres, quienes reconociendo la obligación sagrada que les impone la superioridad de inteligencia que la mano de Dios quiso imprimir sobre sus frentes privilegiadas, emplean su talento y su saber en provecho de sus semejantes y en honor de la ciencia. Los pueblos no les levantarán estatuas, pero la Historia, que es la conciencia escrita de la humanidad, grabará sus nombres en sus páginas predilectas y los hará repetir a los hombres en toda la redondez de la tierra y en todos los idiomas, hasta el último aliento de vida en el mundo.

* * *

La ciencia no siempre puede curar; son limitados sus recursos, como tenía que ser, ya que el dolor y la muerte entran en los planes generales de la creación; pero si la ciencia no cura o alivia, siempre consuela. El arte tiene delicadezas que estiman y aprecian hasta las naturalezas más primitivas y rudimentales. La influencia moral del médico se hace sentir en los trances más duros de la vida; las enfermedades cedén por los esfuerzos de la naturaleza ayudados de los recursos de la Terapéutica y muy especialmente por la sugestión del médico. Esto lo sabíamos antes de que la escuela de la Salpêtrière, por la voz tan autorizada del insigne Charcot nos lo hubiere explicado. El médico no sólo debe esforzarse en restablecer la armonía perturbada de las funciones y prever las alteraciones incompatibles de la vida; deben preocuparle las inquietudes y las tristezas que la enfermedad despierta habitualmente, sobre todo en ciertos temperamentos.

Raros son los enfermos como los pobres tuberculosos y los cardíacos crónicos, que se consuelan solos y hacen los proyectos más lisonjeros en el otoño para la próxima primavera; que hablan de aire puro, de mañanas tibias, de luz y de vida, la víspera o el mismo día en que deben morir. Raros son los enfermos en quienes la moral no domina la vida física y la fuerza libre no sucumbe a la automática; en quienes la virtualidad inteligente, el alma, no resiente y más bien desprecia las lesiones del organismo. La vida psicológica y la orgánica están íntimamente unidas al hombre; los fenómenos de la una obran incesantemente sobre los de la otra, y del mismo modo que

puede operarse sobre la moral modificando la constitución física del individuo, se puede modificar la constitución por medio de un tratamiento moral. Esto lo saben bien los prácticos que conocen el corazón humano y saben echar mano de los mil recursos con que cuenta la simpatía médica, encontrando siempre en su corazón la elocuencia de una sinceridad afectuosa y no dejando caer de sus labios una sola palabra que no sea una esperanza. La ciencia agota pronto sus recursos bromurados y valerianicos, cuando trata de combatir la exaltación del sentimiento de la vida en lucha desesperada con la muerte; pero la inteligencia científica es muy ventajosamente suplida por la caridad ingeniosa del arte. El médico sabe bien encontrar en cada caso el camino que llega más directamente al corazón del que sufre y llenar tanto mejor su misión, cuanto más sabe que su voz tiene la mayor autoridad para reanimar las esperanzas en una alma desolada. Los médicos conocen mejor que los filósofos al ser humano, y esto se explica porque la Psicología cuenta con una especie de patología moral que desconocen los segundos. La enfermedad tiene el poder de descorrer todos los velos que suelen ocultar las mentiras de la vida; hasta la virtud suele plegarse y languidecer mostrando en toda su desnudez el corazón humano, como lo ven todos los días los médicos observadores.

La palabra confortante y consoladora del médico es siempre un bálsamo para el enfermo cansado de sufrir y que no entrevé más salida que la que debe llevarlo a la tumba; le aflige la indiferencia de los que le rodean cansados tal vez de verlo sufrir, porque el corazón humano es versátil hasta en la compasión, porque las heroicidades humanas no resisten a la acción poderosa del tiempo. A un enfermo filósofo, a un gran enfermo que sonreía tomando un alimento que el estómago le rechazaba, (padecía de un cáncer de dicho órgano), y daba cariñosamente las gracias a la hija abnegada que con tierna solicitud se lo daba, le oí decir cuando quedamos a solas, «le sorprenderá a usted que ría cuando tanto sufro, pero es para darles valor y aliento a mis buenas enfermeras; la mano de la humanidad parece más suave y mas ligera cuando puede el corazón sonreír alguna vez ante el éxito feliz de sus cuidados; que tengan la ilusión de que me siento mejor aun cuando el dolor me lacere.» Pero este enfermo es la excepción y por eso lo cito; los desgraciados rara vez son así, el dolor los hace egoístas y lo único que puede endulzar su vida son las palabras de persuasión y sugerentes del médico que sabe tomar el pulso del alma lo mismo que el fisiológico, y que une a la delicadeza de sus sentidos y seguridad de su juicio un profundo y sentido amor a la humanidad, porque sólo sabe consolar el que ama.

Estas delicadezas del arte eran por completo desconocidas en la antigüedad. El autor del Libro del Arte en la colección hipocrática, establece como un precepto aceptado por todos, que los médicos deben rehusar su asistencia a los incurables. Esta era también la doctrina de Galeno y de Celso; un sentimiento exagerado de la dignidad del arte era sin duda el que inspiraba a los grandes maestros para quienes la vida no consistía más que en el juego regular de las funciones del organismo; para nosotros la vida es algo más serio y más elevado que una simple aptitud funcional, porque sabemos que hay en el hombre un principio distinto de la materia, que el cuerpo no es más que un instrumento temporal de ese principio, cuya vocación y destinos son algo

más que los de un organismo frágil. El Cristianismo nos ha reconciliado con la vida y sus inevitables sufrimientos y ha condenado la opinión de los filósofos del Córtico para quienes el suicidio era la única terapéutica que había que emplear en las enfermedades que reducen la vida a un estado valetudinario que inutiliza al hombre en sociedad. Se concibe que con esas doctrinas resultaran inútiles los medios paliativos y superfluos, los recursos impotentes del arte y que los hayan substituído por el puñal, la cicuta o el salto del Leucades. «*En adsum quid me urges precor*», pudo decir Zenón antes de darse la muerte. No podían tolerar, y se explica, las visitas importunas del dolor, y así pusieron fin a su vida: Aristarco, Erasistrato, Eratóstenes, Atticus, el amigo de Cicerón; Latrone, Diocesiano, Silvio Italicus, Sisilio y otros más. Eran consecuentes con sus principios, podían cobardemente desertar del puesto en que la Providencia los hubo colocado; pero apenas se concibe que en plena era cristiana, en tiempos no remotos, Robeck, Montesquieu y Thomas Morus, hayan sostenido y defendido la legitimidad del suicidio en las enfermedades incurables; más aún, que llamaran, como el autor de la utopía, a la Medicina, en auxilio de la pusilanimidad humana para dar dulce y pronta muerte a los desgraciados enfermos que no podían curarse, poniendo las bases de la bárbara eutanasia, que han tratado recientemente de resucitar algunos filósofos contemporáneos, que por fortuna no han sido médicos.

Los médicos modernos practican la eutanasia como la sintió y definió el mismo filósofo Bacon, autor de la palabra: el arte de endulzar los últimos momentos de vida del hombre; arte que viene a ser como el complemento necesario de la ciencia, que tiene por fin inmediato combatir la enfermedad y por fin lejano ensanchar hasta donde sea posible los límites de la vida humana; luego el médico a quien le fuera imposible lograr lo primero, debe echar mano de la medicina paliativa e inspirándose en una benévola simpatía, atenuar hasta donde se pueda las penosas impresiones del dolor sobre la sensibilidad, y aun al frente del momento fatal, aquel en que se dibujan ya los signos de una disolución próxima del organismo que debe pagar a la naturaleza el indeclinable tributo del que ningún ser viviente se escapa, todavía le queda mucho que hacer.

«*Qu'il est doux aux hommes de tout esperer d'une maladie mortelle et de se porter encore passablement bien a l'heure de l'agonie*», como bien dijo Labruyere.

En efecto, el hombre tiene necesidad de esperar aun en los días más amargados por la tristeza que en la enfermedad despierta el pensamiento de la muerte, y si bien es cierto que los médicos no tienen el derecho de hacer callar este bello presentimiento de la tumba, deben respetar también, con la misma reserva, las últimas esperanzas que ligan a la criatura con la vida.

No todas las enfermedades rompen las relaciones con el mundo exterior, muchas le permiten al hombre conservar su inteligencia; piensa éste y siente hasta el último momento, y es tan irresistible el instinto que le liga a la vida, que en medio del desfallecimiento de la enfermedad siempre le sorprende la muerte; siente la dificultad pero no la imposibilidad de vivir, y vuelve los ojos, ya medio apagados, al médico, en señal de interrogación. ¿Podrá el médico que abriga en su corazón un sentimiento de humanidad abandonar a su suerte

y mucho menos matar a este enfermo que cifra en él su última esperanza, y que será tal vez su postrer recuerdo? Nunca. La Medicina no es una simple especulación del espíritu, es, como antes dijimos, una forma de la caridad, y el corazón no podrá desconocer jamás este derecho sagrado de los moribundos, a quienes hay que tratar por el contrario, como los privilegiados de la desgracia. Así puede solamente el médico hacer perdonar al arte sus insuficiencias y suavizar la amargura de los últimos instantes de la vida. No hay más que fijarse en la fisonomía de los moribundos, ese espejo de la carne en donde el alma reviste formas tan sensibles, para comprender que la lucha que acompaña ostensiblemente el paso de la vida a la muerte, no es sólo el esfuerzo del organismo que se enfrenta con la causa que amenaza su disolución, sino que es un estado moral lleno de angustias que pide el auxilio científico y moral del hombre en quien ha puesto todas sus esperanzas y no pocas veces todo su cariño.

Aun en el caso no raro de que el enfermo pida al médico la muerte, como antes le pedía la vida, debe contestarle como el doctor Cabanis al célebre tribuno Mirabeau. Cabanis estaba profundamente imbuído en la filosofía materialista de su época, y sin embargo, contestó a su cliente y buen amigo: «que no siendo dueño de su vida, mal podía otorgarle el derecho de quitársela». «¡Ah! ¡los médicos! ¡los médicos!» fueron las últimas palabras de Mirabeau, que la ciencia recogió con orgullo porque fueron el mejor elogio que en tan pocas palabras pudo hacérseles a los que nunca convertirán la ciencia en instrumento homicida.

Además de su alta influencia moral, la ciencia presta también a los prácticos grandes recursos para embotar el aguijón de la muerte en los pobres enfermos en quienes no cabe ya reanudar los lazos rotos de la unidad viviente. La tanatología no es una vana palabra; el médico que lleva la antorcha de la Fisiología hasta los umbrales mismos de la puerta por donde la vida se escapa, encuentra que el acto de morir es todavía un acto de la vida misma, que tiene leyes y mecanismos particulares y que puede por lo mismo prever y modificar los fenómenos que a estas leyes obedecen.

El opio cuyos grandes beneficios ya conocemos en el arte de curar, no es menos heroico en el de endulzar los últimos momentos de la vida. Con sobrada razón le llamó Hufeland «el gran cordial», porque a la acción sedativa e hipnótica que debe a alguno de sus alcaloides, une la acción tónica y estimulante de otros de ellos; pasado su efecto hipnótico que se puede fácilmente graduar, se ve que restituye la calma, que levanta el espíritu, que excita las energías del alma. Enfermos desesperados, locos con sus sufrimientos físicos y morales, ante la aterradora visión de lo desconocido, hablan poco después, bajo la acción, bajo la influencia del opio, de lo dulce de la muerte y aun llegan a verla como redentora de sus infortunios y libertadora de sus torturas en la vida; se despiden tiernamente de los seres que les son queridos, los bendicen, y con cierta alegría, con gran conformidad, se duermen tranquilamente en el regazo de la muerte.

Algunos han llegado a creer que la ataraxia de los tuberculosos, las ilusiones que alientan hasta las últimas horas de su vida, su muerte por lo común dulce y callada, se debe al uso frecuente que hacen del opio en el curso de su

enfermedad y de preferencia en los últimos días de ella. Posible sería que mucho influyera la naturaleza de la enfermedad y la edad en que frecuentemente se desarrolla; pero una buena parte la deben sin duda al opio, porque los mismos efectos se obtienen en otro género de enfermedades en que puede administrarse sin contraindicación.

Nunca llevar las dosis más allá de los efectos buscados, no precipitar ni un momento la hora del desenlace fatal; como remedio heroico, debe manejarse con suma reserva y gran prudencia, evitando que el enfermo o los que lo rodean puedan llegar jamás a abusar de él; preferirlo siempre a sus alcaloides, porque éstos carecen de la acción tónica y cordial y producen solamente el efecto hipnótico de prolongados y desagradables efectos. A título de paregórico este precioso agente, hay que recordar siempre el aforismo de Wedel, *Sacra vitea anchora circumspice agentibus est opinium: oyniba charontis in manu imperiti.*

La moral veda al médico privar de la inteligencia a sus pacientes en la hora final de la vida; como no le permite abreviar la vida física, le prohíbe atentar contra la vida moral. Una máquina que respira y que palpita no es ya un hombre. La vida humana es algo más que un simple asunto de respiración y nunca deberá recurrirse a este precioso medicamento sino cuando el estado de las fuerzas permita fundadamente esperar que la reacción sobrevenga y que permita a la inteligencia recobrar el libre uso de sus facultades, a la hora del trance fatal.

Señores: y perdonadme que haya abusado de vuestra atención. El hombre que ha puesto sobre sus hombros la dura carga de aliviar a sus semejantes, tiene mil satisfacciones, pero tropieza a menudo con amargos sinsabores; sus responsabilidades son terribles, no se pertenece en ningún momento de su vida; es el esclavo de su profesión, la víctima del deber; al médico que merece el nombre de tal, no deben preocuparlo ni las censuras, ni los elogios de la sociedad, que suele ser injusta; debe procurar satisfacer su conciencia y amoldar todos sus actos al sabio precepto de no hacer mal a nadie y hacer siempre el bien a sabiendas, curar cuando pueda, aliviar las más de las veces, pero consolar siempre a los desgraciados enfermos y consolarlos hasta la última crisis en que la vida se extingue, hasta el último momento en que suena la hora fatal, para que pueda decirse, parodiando a Hipócrates, quien dijo: que mitigar el dolor era obra de los dioses; lo que en el lenguaje moderno, mejor y más ampliamente pudiera expresarse diciendo: que aliviar el dolor físico y moral de los hombres, es obra de la ciencia cristiana, es obra de Dios.

GREGORIO MENDIZÁBAL.